

criados, que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando, vencidos y vencedores, gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros, que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: "Señor: nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con orden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trescientos escudos, con que, á nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros." Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que, entre entrambos, podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber también quién iba en el coche, y adónde, y el dinero qué llevaban: y, uno de los de á caballo, dijo: "Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.—De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta: mirese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador." Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: "¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdición procuran!" Mostraron afligirse los capitanes; entristeciése la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvulos así, un rato suspensos, Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz; y, volviéndose á los capitanes, dijo: "Vuestas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta, ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña; porque el abad, de lo que canta, yanta; y luego, puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré para que, si toparen otras de algunas escuadras mías que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales." Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche, para besar los piés y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo, diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y, volviéndose á los suyos, les dijo: "Destos

escudos, dos tocan á cada uno, y sobran veinte: los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, por que pueda decir bien de esta aventura:" y, trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayores de sus escuadras, y, despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo, en su lengua gascona y catalana: "Este nuestro capitán, mas es para frade que para bandolero: si, de aquí adelante, quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra." No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oírlo Roque; el cual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: "¡Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos!" Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: ¡tanta era la obediencia que le tenían! Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo, á Barcelona, dándole aviso cómo estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacia saber, que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo; y que, de allí á cuatro días, que era el de *San Juan Bautista*, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno; y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que, con él, se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podían dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que, mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.